

El ataque

Osiris María Echeverría Ríos
cposirisecheverria@gmail.com

Deva era mi única hija, su entrada a la preparatoria y su cambio de niña a mujer fue el fenómeno más perturbador que podía experimentar un padre que apenas lograba ver a su hija una vez al día.

A pesar del poco tiempo, yo la observaba cada día, su cuerpo, sus rasgos y sus pequeños pechos que apenas se comparaban a pequeños volcanes que estaban despertando para llegar a su plenitud en cualquier momento. Y así, en silencio lo acepté, mi hija lentamente se convertía en mujer.

Por fortuna la primavera y mis precarias vacaciones como maestro de biología me permitieron estar cerca de ella. El poco tiempo compartido y mis años de experiencia me habían permitido entender un poco la difícil etapa por la cual pasaba y que siempre quise comparar con el florecer de una rosa blanca.

Pero al mismo tiempo que la mirada madura de mi hija se encontraba con la mía, los días pasaron y sus primos llegaron de visita, apartándola nuevamente de mi lado. Su presencia me recordaba los ataques que circulaban en las noticias locales, donde se

comunicaba de un peligro constante que acechaba y rondaba por la ciudad. En donde los pobladores ya no salían de noche por el temor a escuchar el aleteo de los demonios.

De pronto, una noche, la noche próxima al natalicio del benemérito de las américas, su madre asustada acudió ante mí, justo cuando me disponía a ver la televisión, lo primero que pensé fue que se trataba de un ataque en nuestra casa. La razón era sencilla, su rostro antes sumiso y apacible se contraía agitado de una manera tan singular que me causó gracia, pero evité la sonrisa y me puse serio, algo me decía que su exaltación no era producto de una broma.

Entonces observé que de sus trémulos labios salieron las palabras a borbotones, una tras otra, me indicó la dimensión del problema, mi hija había sido atacada esa noche y estaba seguro que uno de sus primos era el culpable. Pues desde que llegaron uno de ellos, el mayor, había estado muy cerca de ella.

Al instante me puse rojo de ira, ¿cómo era posible que mi flor fuera atacada de esa manera? Sin embargo, no tenía pruebas del

ataque, como tampoco podía comprobar nada porque desde ese momento Deva perdió el habla.

Sus silencios se me hacían eternos y su mirada se había transformado, como si al verme quisiera hacerme una pregunta. Su madre resignada había dejado de cuestionarla sobre el posible agresor, ya que se decía que las personas atacadas mostraban aquel como primer síntoma. Yo lo negué, aquello no era posible, mi hija no podía ser atacada por esos demonios, partícipes de horribles ataques y misteriosas muertes, simplemente no tenía sentido. Mi mujer me observó perpleja y resignada, porque no había otra explicación.

Por supuesto yo argumenté fundamentado en los libros que tantas veces había repasado una y otra vez con mis alumnos, que aquello bien podía ser una etapa de la adolescencia o quizá una actuación para evitar castigar al posible culpable, el cual bien sería uno de sus primos.

Un mal de amor, dijo mi mujer para darle un nombre a mi versión de los hechos y negando con la cabeza murmuró habladurías y características propias de la forma de actuar de las personas atacadas y Deva encajaba en el perfil. Perdido en sus razones susurré una posible opción para descubrir la verdad, a lo que su madre asustada se negó rotundamente alegando como defensa la fragilidad de Deva, incluso su muerte.

No obstante, una vez que cesaron sus lloriqueos, resignada accedió finalmente al experimento y la noche siguiente nos sentamos

en la oscuridad de la sala. La luz de la luna entró por la ventana que daba hacia la calle, recordándome la hora exacta del ataque.

Entonces Deva entró a la estancia, obediente y silenciosa como si fuéramos unos perfectos extraños para ella; su presencia la percibí etérea, como si de una aparición fantasmagórica se tratara, la cual se transformó al acostumbrar mis ojos a la oscuridad.

Acto seguido le ordene quitarse la ropa y sentarse frente a nosotros, para esto había movido la mesa de centro de la sala. Posteriormente consulte mi reloj, la carátula ilegible me molestó y deje de pensar en la hora. No sé cuánto tiempo transcurrió, una hora, dos horas...Deva abrió las piernas, sus muslos temblaban, su pubis húmedo incitando a los demonios; ¿por qué no venían?

La espera y el silencio desgarraron mis entrañas y su mirada inquisitiva que se hacía cada vez más enigmática me partió el corazón; sin embargo, ya no tenía por qué esconderme, porque atrás de nosotros mi esposa ahogó un grito.

En la cercanía se escuchó el aleteo de las alas del demonio, al fin se hacía presente. Su zumbido era tan intenso y mi pasión tan desgarradora que ya no podía soportarlo, y no lo podía creer, pero al final lo acepte.

Yo era quien me había abalanzado sobre Deva respondiendo esa pregunta que me había quitado el sueño tantas veces. Y al mismo tiempo que mis alas brillaban como el ala de un cuervo en la oscuridad de la noche, mi pantalón

caía al suelo...sí, yo era uno de los demonios, a los que la gente tanto temía en las calles oscuras y en la soledad de la noche.

FIN